

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Baldomero López Carrera
Investigador independiente

Resumen: Todas las experiencias humanas –también las teologales o religiosas– se desarrollan en los humanos de forma histórica, por lo que en cada momento se viven según las peculiaridades del mismo. ¿Cuáles son esas singularidades de las experiencias del tiempo presente? Los sociólogos las diagnostican y analizan desde la sociología, los psicólogos, economistas o políticos, desde sus respectivas disciplinas. Pero, por la naturaleza de estos saberes, ellos no son los adecuados para escrutar “a fondo” los signos de nuestra época. Eladio Chávarri, en cambio, centra su atención en el proceso mismo de formación del ser humano y ahí sitúa “el verdadero fondo” de los signos de nuestro tiempo, que es el espacio de los valores y los contravalores.

Palabras clave: Eladio Chávarri, valores, humanidad, signos de los tiempos, religión

Abstract: All human experiences –theological or religious as well– are developed in humans in a historical form, so that they are lived in every moment according to their peculiarities. What are the singularities of the experiences of the present time? Sociologists diagnose and analyze them from sociology, psychologists, economists or politicians from their respective disciplines. But due to the nature of these disciplines, they are not suitable for scrutinizing “in depth” the signs of our time. Eladio Chávarri, however, focuses on the process of formation of human being and there he places the “true bottom” of the signs of our time, which is the space of values and counter-values.

Key words: Eladio Chávarri, values, humanity, signs of the times, religion.

Alguien defenderá que las iglesias cristianas siempre han tenido sumo interés en adaptarse a cada tiempo con el único propósito de mantenerse en el poder. A esto hay que replicar que el *aggiornamento* es consustancial a la manifestación de la palabra de Dios a los hombres y no una estrategia oportunista e interesada de las jerarquías clericales. En efecto, nada en los humanos se manifiesta de una vez por todas y de modo pleno, sino que todo se realiza y se nos muestra de manera progresiva –y regresiva– a través del tiempo, es decir, de manera histórica. Éste es el caso también de Dios: se nos desvela a los humanos de forma histórica, y en cada momento lo hace según las peculiaridades del mismo. Este proceso, por otra parte, no es privativo de la experiencia teológica o religiosa, sino que se da en todas las experiencias humanas: el saber científico, la organización familiar, la percepción de lo justo, el placer estético, la salud de nuestro organismo, etc. son constitutivamente históricos. En resumen, el ser humano está a medio hacer y busca ansiosamente construirse con humanizaciones cada vez más dignas, lo que constituye un proceso que denominamos historia.

¿Cuáles son las peculiaridades humanizadoras y deshumanizadoras del tiempo presente? Papas, obispos, teólogos, religiosos, predicadores, catequistas y cristianos de a pie buscan con empeño descubrir cuáles son hoy esos signos de los tiempos con el fin atinar en el *aggiornamento* de sus respectivas vidas y discursos religiosos. Todos, sin embargo, han caído en los brazos de la *sociología*, a la que atribuyen ser la conocedora máxima de la sociedad actual. También ha seguido ese mismo camino el Concilio Vaticano II (1965) que, en el conocimiento y la comprensión del ‘mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia lo caracteriza’, señala como definitorios del mismo: los cambios profundos y acelerados, que se extienden al universo entero; la persistencia de agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas; la creciente importancia, en la formación del pensamiento, de las ciencias matemáticas y naturales, y en el orden práctico, de la técnica y de las ciencias de ella derivadas; la extensión de la sociedad industrial y la civilización urbana; la notable mejora en los medios de comunicación social; la falta de adaptabilidad al estado actual de las cosas por parte de las instituciones, las leyes, las maneras de pensar y de sentir, heredadas del pasado; etc. Pues bien, como veremos, éstos y otros muchos más son indicadores derivados, no originarios. Con lo que, “*para cumplir esta misión ... de escrutar a fondo los signos de la época*” (GS. 4), los teólogos y las jerarquías tienen que buscarse otros compañeros más idóneos que la sociología. No decimos que las aportaciones de esta ciencia no sean de gran utilidad para las múltiples misiones que tienen encomendadas los cristianos. Simplemente afirmamos que no es el saber adecuado para escrutar “a fondo” los signos de nuestra época. Sí lo son, en cambio, las obras de Eladio Chávarri¹. Este autor centra su atención en los orígenes del proceso de formación del ser humano y ahí va a situar “el fondo” de los signos de nuestro tiempo.

¹ Eladio CHÁVARRI, *Perfiles de nueva humanidad* (1993), *Nuestro arquetipo humano. Trazos de su razón soberana* (1997), *Ensayos en torno a la racionalidad* (1990), *La condición humana en Tomás de Aquino* (1994), *La carga vital de la ciencia* (2006), todos ellos en la Editorial San Esteban, de Salamanca. *Presencias de lo valioso*. (En elaboración)

1. LOS VALORES Y CONTRAVALORES

La vida completa del ser humano se diversifica en muchas parcelas. Chávarri escoge ocho: *biopsíquica, cognitiva, económica, estética, ética, lúdica, religiosa y sociopolítica*. A través de cada una de estas parcelas de vida o *vertientes vitales*, el ser humano pone en relación su vida con los seres de su entorno, ya pertenezcan éstos al entorno de la naturaleza y del cosmos, al social o al metahistórico. Una flor se relaciona con la vida humana a través de la vertiente vital biopsíquica de forma distinta a como esa misma flor lo hace por medio de la vertiente vital económica. En el primer caso, la relación con la flor aporta y despierta en nuestra vida olores, colores, sabores, tactos, salud, estados de bienestar psíquico, etc.; en el segundo, la flor resulta cara, barata, rentable, ruinoso, etc. para nuestra vida.

Pues bien, los seres, al relacionarse con nuestra vida a través de esos ocho caudales, vertientes o torrentes vitales, nos resultan *valiosos* o *disvaliosos*. Valiosos o *valores*, si desarrollan alguna vertiente vital; disvaliosos o *contravalores*, si la deterioran o anulan. Los valores son, por consiguiente, los seres en cuanto que desarrollan o perfeccionan alguna vertiente vital; si, por el contrario, esos seres deterioran o destruyen nuestras vertientes vitales, entonces los llamamos contravalores. Llamaremos *dimensión valorativa* al conjunto de todos los valores que se generan en una *vertiente vital*. Por ejemplo, *dimensión valorativa económica*.

De lo dicho hasta aquí sacamos la conclusión de que tanto los valores como los contravalores no pueden ser entendidos al margen ni de los seres (porque son seres) ni de la vida humana (porque desarrollan aspectos vitales). No sabríamos qué sería la vida humana sin valores. Seguramente nada. Tampoco sabríamos qué son los seres si los separamos de su función de ser alimento de la vida humana. Cada valor/contravalor, por tanto, comprende un trozo de ser y una porción de vida. Las dimensiones valorativas nos obsequian, pues, con variedades de ser y de vida, que desarrollamos a lo largo de nuestra existencia. Así pues, para Chávarri, los valores y los contravalores se hallan inmersos en el origen y formación del ser humano: nacen, crecen, menguan o mueren en el nacimiento, desarrollo, deterioro o muerte de la vida humana. Así pues, el "fondo" de la vida de cualquier época es algo valorativo.

2. LAS MODALIZACIONES VALORATIVAS

Pero no es suficiente con hablar de los valores y los contravalores sin más. Tenemos que aquilatar, pues éstos siempre se dan "modalizados". Entiende Chávarri por *modalización valorativa* aquella situación en la que unos valores y contravalores se relacionan con otros de tal manera que los primeros afectan a la sustancia valorativa de los segundos conformándola o transformándola. Por ejemplo, el conocimiento científico modaliza porque afecta a la fabricación de zapatos; los estados de guerra modalizan porque conmocionan todos los valores de un pueblo; el estado de enfermedad mortal de un órgano

modaliza porque influye en grandes conjuntos de valores; muchos valores se hallan modalizados por el valor mercancía, con lo que su sustancia original sufre una transformación.

Chávarri distingue dos tipos de modalización: una, la que realizan *pares valorativos generales* y otra, la que llevan a cabo las *dimensiones valorativas*. La primera se refiere a la modalización que ejercen unos valores que están en todos o en casi todos los demás. Por ejemplo, la unidad/división, la bondad/maldad, la verdad/falsedad, la belleza/fealdad, la finura/tosquedad, etc. Dichos valores y contravalores modalizadores no existen al margen de los valores a los que modalizan.

El segundo tipo de modalización se refiere a la que ejercen unas *dimensiones valorativas* sobre las demás. En este caso, todos los valores y contravalores de cada una de las vertientes vitales modalizadoras conforman y transforman de muchas maneras a los demás valores y contravalores. Este tipo de modalización tiene mayor fuerza que la modalización por pares valorativos generales, puesto que se trata nada menos que de todos los valores y contravalores de una vertiente vital. Tal modalización es la que va a dar lugar a los modelos humanos.

3. EL MODELO HUMANO

El ser humano no nace con su vida determinada por el instinto o por los ecosistemas, sino que es libre de hacer esto o lo otro. La originalidad humana consiste, pues, en que, en vez de adaptarse a los ecosistemas, ha dominado a éstos, si bien nunca de modo total. Esa no-determinación ha dado lugar a que el hombre haya construido multitud de *formas de vida* humana distintas a lo largo de su historia, a diferencia de los animales, que repiten una y otra vez el mismo patrón de conducta que le determinan sus ecosistemas.

Nos preguntamos ahora cuál es la razón y el indicador diferencial de cada una de esas variadas formas de vida humana que ha ido creando el hombre a lo largo de su historia. Chávarri afirma que es el específico *modelo humano* que vive cada una. Según eso, hay tantas formas de vida diferentes como modelos humanos distintos. Cada modelo humano da lugar a una forma de vida. ¿Y en qué consisten los modelos humanos? Pues ante todo, son modelos de vida y de ser; por tanto hay en ellos vertientes vitales y seres valiosos y disvaliosos. Ahora bien, estos dos componentes –vida y ser– se dan en todos los modelos; no es privativo de ninguno. ¿Qué es entonces lo que los diferencia? Pues lo específico de cada modelo de vida es, según Chávarri, la peculiar organización de la vida en torno a una o varias dimensiones valorativas modalizadoras. En efecto, cada dimensión valorativa, cuando es modalizadora, constituye una forma de vida distinta, porque todos los valores adquieren la modalidad peculiar de ser de esa dimensión valorativa modalizadora. Los valores sociales, por ejemplo, adquieren una modalidad peculiar de ser diferente cuando son modalizados por valores religiosos (comunidades cristianas) que cuando lo

son por valores económicos (comunidades de obreros). Ahora bien –y aquí llegamos a donde pretendíamos–, ¿cuáles son las dimensiones valorativas que modalizan a nuestra vida actual?

4. NUESTRO MODELO HUMANO

Hasta hace bien poco, la dimensión valorativa modalizadora de las demás fue la religiosa. El modelo humano imperante era, lógicamente, el religioso; todas las experiencias humanas estaban teñidas de religiosidad. Desde el segundo tercio del siglo pasado, la dimensión valorativa modalizadora fue desplazada y sustituida por las dimensiones valorativas biopsíquicas y económicas. Ahora son éstas las que se han constituido en núcleo valorativo y modalizan a todas las demás, es decir, afectan a los valores y contravalores de las otras dimensiones transformándolos. Las dimensiones de ser y vida cognitivas, estéticas, éticas, lúdicas, religiosas y sociopolíticas se hallan ahora traspasadas de ser y de vida de tipo biopsíquico y económico. Tan es así, que la Gran Crisis que seguimos padeciendo en estos momentos no se refiere precisamente a valores de las dimensiones cognitiva, estética, ética, lúdica, religiosa y sociopolítica, sino a la pésima gestión de valores biopsíquicos y económicos. Las crisis en las dimensiones comitiva, estética, ética etc. ni se perciben ni son tenidas en cuenta.

Es cierto que el cultivo de los demás valores y contravalores siempre ha necesitado tener el acompañamiento ineludible de valores y contravalores biopsíquicos. Sin vida orgánica con sus inagotables tendencias, inclinaciones, instintos y solicitaciones, sin salud o enfermedad, sin ánimo temperamental, sin placeres y displaceres biopsíquicos, sin limpieza, no es posible vivir y desarrollar las demás dimensiones vitales. Tampoco es posible la vida sin el apoyo de relaciones económicas, por muy rudimentaria y simple que sea tal vida. Ahora bien, nunca como ahora los valores biopsíquicos y los económicos han modalizado a los demás con tanta extensión y profundidad: hoy toda nuestra vida está empapada de biopsiquismo y de economía. Todas las variedades de ser y de vida humana quedan seriamente uniformadas por esta modalización biopsíquica y económica. Por ejemplo, la ciencia. Siempre los conocimientos han sido indispensables para el desarrollo de todas nuestras experiencias. Las biopsíquicas y las económicas necesitan principalmente los conocimientos del saber científico, en el que se puede incluir también el saber tecnocientífico. De esta manera, dice Chávarri, la masiva demanda de valores biopsíquicos y económicos se traduce al mismo tiempo en masiva demanda de conocimiento científico, conocimiento omnipresente en nuestra vida. A cambio del privilegio que le conceden los valores económicos y biopsíquicos, la ciencia ha tenido que dejarse modalizar por ellos: es una ciencia que tiene como único horizonte la ganancia económica y también la vida biopsíquica.

5. CONCLUSIONES

1. Si este planteamiento de Chávarri, que llega al conocimiento de las entrañas de este hombre y de nuestro mundo, fuera conocido y aceptado por sociólogos, teólogos, jerarquías eclesiásticas y cristianos en general, oíríamos de ellos discursos bien diferentes a los que frecuentemente escuchamos. Porque estos colectivos deberían esforzarse por descubrir cómo se manifiesta Dios en la modalización biopsíquica y económica de nuestro mundo. En unos casos, como salvador; en otros, como juez que condena las inhumanidades.

2. Un ejemplo de que el planeamiento que hemos expuesto está en las antípodas de lo que es habitual nos lo aportan aquellos clérigos y teólogos que califican a la nuestra como una sociedad "sin valores". Pensamos que dichas personas han formulado previamente una teoría general restrictiva sobre los valores y contravalores y desde ella han hecho su diagnóstico. Restrictiva, porque es casi seguro que han limitado el planteamiento y la solución de los problemas a un horizonte reducido de valores (morales, religiosos, sociopolíticos), y se han olvidado por completo de los demás (biopsíquicos, cognitivos, económicos, estéticos, lúdicos).

3. Las calificaciones de tecnocientífica, democrática e industrializada, con las que se define en muchos círculos a nuestra sociedad, no han sido originadas en el contexto de una teoría valorativa, sino sociológica. La "modalización biopsíquica y económica", en cambio, no tiene sentido alguno fuera de la teoría de valores expuesta por Eladio Chávarri en sus obras. Éste concibe, incluso a las tres adjetivaciones sociológicas antes referidas, en términos valorativos, es decir, como aspectos concretos de las dimensiones valorativas cognitiva (tecnocientífica), sociopolítica (democrática) y económica (empresarial, industrializada). Con todo, aunque en el mejor de los casos tales tres denominaciones fueran pensadas como valores, no constituyen en absoluto el núcleo valorativo duro de nuestro modo de ser hombres hoy, que, como vemos repitiendo, está formado por dimensiones valorativas, no por valores individuales.

4. Los signos de los tiempos no son pura negatividad, como frecuentemente se los considera. La razón de tal valoración negativa o condena radica, lo mismo que en el caso anterior, en una concepción muy reducida de la vida y de sus valores, que los limita a los morales, religiosos y sociopolíticos. Y éstos no están en la actualidad en primera fila, ciertamente. Pero ello no obsta para tener que reconocer los millones de valores de tipo biopsíquico y económico, así como las modalizaciones que han recibido de estas dos dimensiones los demás valores, que están enriqueciendo la vida de muchos seres humanos. Como dice Chávarri, han sido precisamente los valores económicos los que le han concedido a la mujer una dignidad que la iglesia católica se la niega una y otra vez. En efecto, en nuestra forma de vida, el núcleo económico no puede desarrollarse adecuadamente sin la intervención masiva de las mujeres. No han sido obviamente los discursos feministas los que han conseguido la efectiva libertad de las mujeres y sus derechos correspondientes, sino ese

dinero suyo que cada una ha conseguido con su trabajo. Han tenido que entrar de lleno en las actividades vitales económicas para poder participar, en la medida de su dinero disponible, en otras vitalidades desplegadas por las demás dimensiones valorativas. Con la energía concentrada en ese dinero han conquistado sus autonomías.

A pesar de las bondades, es cierto que, como resultado de ésta nuestra forma de vida, muchas personas padecen un amplio y arraigado sufrimiento, precisamente porque carecen de valores biopsíquicos y económicos. Hay que decir, sin embargo, que este efecto negativo no es exclusivo de los biopsíquicos y económicos, sino que se extiende a todos por igual: no hay ninguna clase de valores –ni la ha habido ni la habrá– que no lleve aparejada una multitud ingente de contravalores. Ello no significa que debamos adoptar un conformismo fatalista. Todo lo contrario: aquí es donde las iglesias deben ejercer una labor crítica y liberadora.

5. Las jerarquías eclesiásticas y muchos teólogos acusan a occidente de haber abandonado su fe milenaria para caer en la indiferencia religiosa. Hay que saber lo que se dice. Porque a lo mejor estos colectivos, por no disponer de una teoría profunda de los valores y de su dinámica, están inconscientemente aupando lo que conscientemente denostan. Por ejemplo, la mayor parte de los derechos que nos otorgan las leyes son de tipo biopsíquico o económico. Impresiona la cabida que tienen en nuestro código civil los derechos de propiedad, dice Chávarri. Pues bien, nadie duda de que la teología católica de los últimos siglos ha defendido con mucha pasión la propiedad privada como un “derecho natural” de los individuos. La teología de la liberación, por contra, denuncia que en virtud de este derecho natural haya gente nadando en la abundancia de sus propiedades mientras otros a su lado se están muriendo de necesidad de lo indispensable. ¿Cómo no se va a volver indiferente en su dimensión religiosa una sociedad que está atiborrada de propiedades individuales? La solidaridad del Reino de Dios exige ser precavidos a la hora de ensalzar a cualquier precio un valor económico como es la propiedad privada.

6. El mayor signo de los tiempos actuales es nuestro modelo humano: el ser Humano Productor Consumidor de Eladio Chávarri. Dentro de él estamos casi todos los habitantes del planeta, con lo que modula toda nuestra vida. A los cristianos nos toca descubrir cuánto ha penetrado el Reino de Dios en la humanidad e inhumanidad de éste nuestro modo de ser hombres para actuar en consecuencia.

